

ESCRIVÁ CORZÁN, JOSÉ

(Nac. Fonz, Huesca, España, 15-X-1867; fall. Logroño, España, 27-XI-1924).

1. Vida en Barbastro. 2. Vida en Logroño. La vocación sacerdotal de san Josemaría.
3. Fallecimiento.

San Josemaría compendia la vida de su padre con estas palabras: “No le recuerdo jamás con un gesto severo; le recuerdo siempre sereno, con el rostro alegre. Y murió agotado: con sólo cincuenta y siete años, pero estuvo siempre sonriente. A él le debo la vocación” (BERNAL, 1976, p. 28).

Los Escrivá provenían de Balaguer (Lérida). Algunos miembros de la familia se trasladaron a Peralta de la Sal, y luego a Fonz, en la margen izquierda del río Cinca, a mitad de camino entre Peralta de la Sal y Barbastro. Aquí nació José el 15 de octubre de 1867.

La proximidad explica que, muy joven, se estableciera en Barbastro, dedicado al comercio. Vivía en una casa de la calle de Ricardos, propiedad de don Cirilo Latorre. En el piso bajo tenía éste una tienda de tejidos. Tras su muerte, José continuó el negocio junto con dos socios, que crearon hacia 1894 la sociedad Sucesores de Cirilo Latorre.

1. Vida en Barbastro

El 19 de septiembre de 1898, se casó en Barbastro con María de los Dolores Albás y Blanc, de veintiún años, la penúltima de trece hermanos de una familia muy conocida en Barbastro. La boda se celebró en la capilla del Santo Cristo de los Milagros, en la catedral, y ofició don Alfredo Sevil, tío de la contrayente, vicario general de Valladolid.

Martín Sambeat, que aún vivía en Barbastro en 1975, recordaba a don José Escrivá como hombre lleno de bondad y rectitud, que vestía elegantemente al estilo de la época, con bombín, y que todos los días

cambiaba de bastón. El padre de Martín, también comerciante, envió más de una vez a su hijo a avisar a don José para que acudiese a tertulias, en las que comentaban los sucesos y jugaban al tresillo. Algunas tenían lugar en el Casino La Amistad, en la plaza del Ayuntamiento.

Don José trabajaba en el número 10 de la calle de Ricardos. En el sótano se fabricaba chocolate. Desde la tienda, por una escalera de caracol, se subía a una entreplanta, destinada a almacén de mercancías. En los dos pisos superiores vivía la familia de Juan José Esteban –notario de Barbastro hasta 1925–, casado con una sobrina de don Cirilo Latorre, a quien había pertenecido el negocio. La tienda tenía el aspecto típico de los comercios de tejidos de la época: amplias estanterías de madera, con cajones anchos al fondo; y un gran mostrador corrido, con una ranura de hucha, en la que se echaban las monedas a lo largo del día. No faltaban la báscula ni la balanza. Cuando en mayo de 1902 se disolvió la sociedad Sucesores de Cirilo Latorre, tenía un buen activo. Con lo recibido de la liquidación, dos de los tres socios, Juan Juncosa y José Escrivá, continuaron el negocio con el nuevo nombre de “Juncosa y Escrivá” (cfr. BERNAL, 1976, p. 16).

Don José era madrugador y muy puntual. Pero nada rígido, afectuoso, paciente: de camino hacia casa, en la plaza del Mercado, junto a la de los Argensola, en el otoño, compraba castañas asadas y se las echaba en el bolsillo del gabán. Su hijo, de puntillas, metía su mano en busca del fruto para encontrarse con un tierno apretón de la mano del padre. Las gentes de Barbastro los vieron durante muchos años pasear juntos. Esa íntima relación de confianza y amistad que existió entre ellos se debía a la solicitud de don José, que cultivaba en Josemaría la generosidad y la sinceridad (cfr. AVP, I, p. 35).

El padre de san Josemaría gozó de una posición cultural y social media. Fomentó en sus hijos la afición a la lectura.

Desde muy niño, Josemaría podía leer por suscripción un semanario titulado *Chiquitín*, que más tarde tomó el nombre de *Chiquilín*. Luego satisfacería su amplia curiosidad con la prensa, especialmente los diarios *ABC* de Madrid, y *La Vanguardia* de Barcelona, que recibían en su casa, así como dos revistas muy difundidas en la época: *Blanco y Negro* y *La Ilustración Hispanoamericana*. Don José no dejaba de contestar las preguntas de su hijo, para ayudarle a calibrar el sentido y la importancia de cada tema: “no ocultaba a su hijo ninguna cosa honesta, para despertar su interés por lo que pudiera ayudarle en su formación. Y así procuró que se aficionase a las buenas lecturas, para aumentar su criterio cristiano y cultural. Le llevó como por un plano inclinado, poniendo a su alcance, poco a poco, distintos libros. Mons. Escrivá de Balaguer recordaba que, sin obligarle a leer, le proporcionó una edición del Quijote, en siete volúmenes y con ilustraciones, que ojeaba de pequeño” (ECHEVARRÍA, 2000, p. 90).

También se ocupó don José de ir dando criterio a su hijo sobre la entonces llamada “cuestión social”. Ciertamente, en Barbastro no había especiales conflictos sociales: a comienzos del siglo XX era una ciudad de unos 7.000 habitantes, sede episcopal, con la vida jurídica y administrativa propia de “cabeza de partido”, y destacaba como núcleo comercial de importancia, entre Huesca y Lérida. Pero Josemaría conoció muy joven la inquietud paterna por encauzar cristianamente esos problemas. No sólo era “muy limosnero” don José, sino que atendía con toda justicia a sus empleados.

De modo particular, Josemaría recibió de su padre el ejemplo heroico de la fortaleza para afrontar las dificultades. Lo más doloroso fue el fallecimiento de las tres hermanas que le seguían: primero murió la más pequeña, Rosario, el 11 de julio de 1910, antes de cumplir el año; luego, Lolita, el 10 de julio de 1912, a los cinco

años; y, por último, Asunción, a la que familiarmente llamaban Chon, el 6 de octubre de 1913, poco después de cumplir los ocho. Cuando ésta falleció, Josemaría era un niño de once años y su hermana mayor, Carmen, acababa de cumplir los trece. Sus padres les ayudaron a soportar estos golpes tan duros.

A estos trances tan amargos se unían las dificultades económicas –cada día más serias– que atravesaba la familia y que don José llevó también con idéntica fortaleza. A finales de 1913, el negocio paterno estaba al borde de la quiebra. Sus padres retrasaron la noticia a sus hijos por un tiempo; corto, porque fue imposible ocultar la inminente ruina del negocio de don José. Todo se desarrolló en el breve trecho entre dos otoños: el de 1913, en que murió Chon, y las semanas finales de 1914, en que se produjo la quiebra de Juncosa y Escrivá.

Los testigos de la época coinciden en afirmar que el negocio acabó marchando mal porque algunos se aprovecharon de la buena fe de don José. Una vez decretada judicialmente la quiebra, don José consultó si tenía obligación moral de resarcir a los acreedores con sus bienes personales. Le contestaron que no. Pero no aceptó esa respuesta y liquidó su patrimonio para atender las deudas de la sociedad liquidada.

En el alma joven de Josemaría quedó grabada para siempre la lección de fe y entereza de sus padres en aquel difícil trance. Lo evocaría años después, en una carta fechada el 28 de marzo de 1971, que escribía al alcalde de Barbastro, don Manuel Gómez Padrós, para contestar su felicitación por San José, y para agradecer las noticias que le enviaba sobre la promoción social de *nuestro pueblo*: “Déjame que te diga que mi madre y mi padre, aunque hubieron de salir de esa tierra, nos inculcaron, con la fe y la piedad, tanto cariño a las riberas del Vero y del Cinca. Recuerdo, concretamente de mi padre, cosas que me enorgullecen y que no se han borrado de mi memoria, a

pesar de que me fui de ahí a los trece años: anécdotas de caridad generosa y oculta, fe recia sin ostentaciones, abundante fortaleza a la hora de la prueba, bien unido a mi madre y a sus hijos. Así preparó el Señor mi alma, con esos ejemplos empapados de dignidad cristiana y de heroísmo escondido siempre subrayados por una sonrisa, para que más tarde le fuera pobre instrumento –con la gracia de Dios– en la realización de una Providencia suya, que no me aparta del pueblo mío queridísimo. Perdóname este desahogo. No te puedo ocultar que, esas evocaciones, me llenan de alegría” (BERNAL, 1976, p. 25).

2. Vida en Logroño. La vocación sacerdotal de san Josemaría

Don José consiguió pronto trabajo en otra ciudad, dentro del comercio textil. A principios de 1915 marchó a Logroño para empezar a trabajar, buscar casa para su familia, y disponerla antes de que se trasladasen todos. En la calle del Mercado tenía don Antonio Garrigosa y Borrell una tienda de tejidos llamada La Gran Ciudad de Londres. Con él llegó a un acuerdo don José para trabajar diariamente como empleado cualificado, atendiendo a los clientes. A don Manuel Ceniceros, ahijado de Garrigosa, que comenzó su oficio en la tienda en 1921, le impresionaba la elegancia y dignidad de todo su comportamiento, especialmente en la forma de llevar su cambio de fortuna. “Se veía que era un hombre feliz y extremadamente metódico y puntual. Muy pulcro en el vestir”. Siempre le recordó con su bombín y su bastón, paseando los domingos por el centro de Logroño.

Los primeros meses en Logroño fueron especialmente duros para la familia Escrivá, porque apenas conocían a nadie en la ciudad. Vivían en un piso cuarto, de techos bajos, cubierto sólo en parte por una buhardilla: caluroso en verano y frío en invierno. Más tarde se trasladaron a otro, algo mejor, pero también modesto. Sin embargo, las personas que los trataron

entonces recuerdan el señorío y la unidad de la familia. Evocan a don José como una persona cultivada, buena, alegre y cariñosa. En 1919 nació el último de sus hijos, Santiago.

Don José trabajaba con intensidad durante toda la jornada en el comercio de la calle del Mercado y, luego, al llegar a casa, a pesar de su cansancio, seguía trabajando. Era muy responsable. Y sabía vivir con la sobriedad que le imponían también las circunstancias. Su merienda era un caramelo. Manuel Ceniceros no olvidó ese detalle, ya que muchas veces fue él a comprarlos: daban diez a la perra gorda. Y fumaba poco: en una petaca de plata llevaba seis cigarros cada día y que, como era usual entonces, él mismo liaba.

Era también un hombre verdaderamente religioso. No se avergonzaba de confesarlo delante de personas que presumían de anticlericales; asistía con frecuencia a Misa, antes de llegar puntualmente a su trabajo; rezaba el Rosario en familia: su casa era un auténtico hogar cristiano. Don José, en la memoria de Manuel Ceniceros, llevaba esta vida con gran naturalidad, sin alardes, como uno más en el trabajo, lleno de cordialidad, dispuesto siempre a ayudar a todos. Nunca se quejó, ni tuvo un mal gesto con nadie, por el revés de su fortuna.

Su profundo sentido cristiano de la vida salió a relucir con fuerza cuando Josemaría le habló de su llamada al sacerdocio. Don José escuchó, sorprendido, sus confidencias. Como siempre había aceptado dócilmente la Voluntad de Dios, respetó y amó el camino que el Señor trazaba para su hijo. Le costó mucho, porque él tenía otra idea, pero favoreció la decisión. El propio fundador del Opus Dei lo contaría: “Un buen día le dije a mi padre que quería ser sacerdote: fue la única vez que le vi llorar. Él tenía otros planes posibles, pero no se rebeló. Me dijo: “–Hijo mío, piénsalo bien. Los sacerdotes tienen que ser santos... Es muy duro no tener casa, no tener hogar, no tener un amor en la tierra. Pién-

salo un poco más, pero yo no me opondré. Y me llevó a hablar con un sacerdote amigo suyo, el abad de la colegiata de Logroño” (BERNAL, 1976, p. 58).

Se trataba de don Antolín Oñate Oñate, más tarde nombrado chantre de Calahorra, en 1942. También orientó a Josemaría, por encargo de su padre, don Albino Pajares, sacerdote castrense destinado en Logroño desde febrero de 1917 hasta mayo de 1920. Por su parte, don José sugirió a su hijo que lograra un título civil, para estar mejor dispuesto a cumplir la Voluntad divina. Le aconsejó que hiciera Derecho, a pesar de los sacrificios económicos que supondría el traslado a Zaragoza. De todos modos, Josemaría dio prioridad a los estudios sacerdotales, que prosiguió en el Seminario de San Francisco de Paula y en la entonces Universidad Pontificia cesaraugustana.

3. Fallecimiento

El 27 de noviembre de 1924 falleció don José. Aunque el telegrama hablaba sólo de una situación de gravedad, san Josemaría tuvo el presentimiento de que estaba ante el fallecimiento de su padre y pudo asistir a su entierro. Todo transcurrió muy rápido. Al levantarse por la mañana, se encontraba muy bien. Desayunó, rezó un buen rato ante una imagen de la Virgen Milagrosa que tenían esos días en casa, y jugó un rato con el pequeño Santiago. Después se dispuso a salir, y, al llegar a la puerta de la habitación, se sintió mal. Se apoyó en el marco de esa puerta, y cayó desplomado sobre el suelo. Un par de horas después entregó santamente su alma a Dios, sin haber vuelto en sí, a pesar de la atención médica que recibió. El párroco le administró los últimos sacramentos. Se avisó enseguida a su hijo Josemaría que ya entonces estudiaba en Zaragoza.

Al día siguiente fue, en efecto, el entierro. Antes de cerrar la caja, retiró Josemaría el crucifijo que tenía su padre entre sus manos: una cruz pobre y gastada, que

había pasado antes por las manos de la abuela Constancia. Don José había muerto consumido por el trabajo y las preocupaciones; de él aprendió el hijo algo que nunca olvidaría: “Le vi sufrir con alegría, sin manifestar el sufrimiento. Y vi una valentía que era una escuela para mí, porque después he sentido tantas veces que me faltaba la tierra y que se me venía el cielo encima, como si fuera a quedar aplastado entre dos planchas de hierro. Con esas lecciones y la gracia del Señor, quizá haya yo perdido en alguna ocasión la serenidad, pero pocas veces (...). Mi padre murió agotado. Tenía una sonrisa en los labios y una simpatía particular” (Meditación, 14-II-1964: AVP, I, p. 187).

Cuatro meses después, ya ordenado sacerdote, san Josemaría celebró su primera Misa en la Santa y Angélica Capilla de El Pilar de Zaragoza, el 30 de marzo de 1925, en sufragio por el alma de su padre. Desde el 31 de marzo de 1969, sus restos descansan en la cripta del Centro de Diego de León, en Madrid.

Voces relacionadas: Albás Blanc, Dolores; Escrivá, Familia; Vocación de san Josemaría.

Bibliografía: AVP, I, pp. 13-188; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000; Esther, Gloria y Lourdes TORANZO, *Una familia del Somontano*, Madrid, Rialp, 2004.

Salvador BERNAL

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.